



Programa de Educación en Valores*
ICE, Universidad de Barcelona

valors@ub.edu

Se acercan las primeras fiestas tradicionales del curso y, con ello, los primeros dilemas en los claustros. Entre el 1 de noviembre (Todos los Santos) y el 11 de noviembre (San Martín), se están celebrando fiestas donde no faltan castañas asadas, frutos de temporada, el licor de turno y algún que otro embutido. Llámemosle *magosto*, *castanyada*, *gatzainerre* o *chaquetía*, su esencia es muy parecida. Sin embargo, Halloween parece estar ganando en popularidad. El ciclo se cerrará con Navidad, que desde hace unos años algunos centros educativos no celebran por respeto a religiones y culturas no cristianas. La divergencia está servida.

El debate sobre fiestas y símbolos religiosos en la escuela no es nuevo, pero se ha reavivado con fuerza. La complejidad de la sociedad actual y los matices de los significados culturales hacen que sea un tema no resuelto y que las diversas opiniones creen situaciones chocantes, forzadas incluso surrealistas.

Vivimos en un estado no confesional (pero no laico) donde ninguna religión debe ser prioritaria ni preferente, aunque la Iglesia católica mantenga un dominio destacado ante las demás. Se regulan espacios, rituales y celebraciones religiosas, pero las ambigüedades y los vacíos de la normativa generan polémicas sobre fiestas o símbolos religiosos, que se convierten en debate político (como el del velo islámico), teñido de todo tipo de prejuicios que sacan a la luz el desconocimiento sobre las religiones y la falta de clarificación en temas de orden espiritual.

La vinculación entre escuela y cultura se plasma en conocer y celebrar las costumbres de cada tierra, por lo que no es extraño que cada año se instale el típico belén viviente, se canten villancicos, se celebren las fiestas dedicadas al santo patrón local o se hagan vacaciones en Semana Santa. Pero algo está pasando cuando al-

gunos hablan de «vacaciones de invierno» en lugar de «vacaciones de Navidad», cuando hacer un pesebre puede convertirse en algo ofensivo o cuando Halloween invade las aulas. Nuestra sociedad no es la misma que hace cincuenta años, como tampoco lo es la escuela; una escuela que intenta ponerse al día a pasos agigantados, que corre detrás de las tecnologías y que compite en educación con los medios y otros agentes. Estamos entrando en un modelo educativo que trata de reflejar la diversidad socio-cultural y que intenta ser sensible a ello.

De todas maneras, ¿qué ocurre con las fiestas ligadas a la religión? ¿Qué hacemos cuando la religión se convierte en tradición? ¿Se debe dejar de lado una festividad a la que una parte de la población se siente muy vinculada? ¿Debemos celebrar todas las fiestas o no hay que celebrar ninguna para no ofender a nadie? El debate se acentúa cuando la neutralidad en materia de símbolos religiosos en la escuela no está garantizada.

Nadie negará el vínculo entre cultura y religión, en cuanto a historia, costumbres o patrimonio, y tampoco la necesidad de una sólida formación espiritual para el pleno desarrollo de la persona. Pero, por encima de todo, los centros educativos son un lugar donde los niños aprenden a socializarse, a convivir y a respetar la alteridad. Por lo tanto, el centro no sólo debe ser acogedor, inclusivo y plural, sino también proporcionar las condiciones ambientales para educar en una ética cívica laica que nos lleve hacia una convivencia democrática y hacia la comprensión de la diversidad, aunque siempre ligada al territorio y la cultura.

Nota

*El artículo ha sido elaborado por Joana Cifre, Amèlia Tey, Enric Prats, Alex Egea, Elisabet Geva, Sílvia Lombarte, Anna Marín, Mercè Mora, Angelina Sánchez y Mayra Sánchez.

Los centros educativos son un lugar donde los niños aprenden a socializarse, a convivir y a respetar la alteridad. Deben proporcionar las condiciones ambientales para educar en una ética cívica laica que nos lleve hacia una convivencia democrática y hacia la comprensión de la diversidad, aunque siempre ligada al territorio y la cultura